

Fuente: Lanzarote
Por Agustín de la Hoz

LA TIÑOSA

Desde las inacabables tomateras de Mácher se encamina el viajero hacia la costa, ceñida ésta por las formidables playas que constituyen la más excelente ruta del eterno verano canario¹. Este paisaje del sur lanzaroteño, solitario y agreste, de cielo y sol radiantes, empuja al viajero para que se apresure al consumo de esta breve y poética excursión, porque traspuesto el pueblo de Mácher se alcanza en seguida El Cercado, caserío pintoresco que está extraviado entre las quiebras, barrancos y hondonadas que llevan a La Tiñosa², y que tiene al poniente la brava maleza del Rompimiento y al naciente la fuerza incipiente de los tomatales más próximos a la costa. Paso a pasito, viendo a la tierra cubierta de calima dorada, se llega al puerto de La Tiñosa, que se derrama sobre la cala mansa, aquietada en continuos remansos, cuyas aguas lamen las rocas de la orilla y forman sutiles encajes difusos. Algunas olas, desechas en espumas, se deslizan sobre las tibias arenas rubias, mientras los barquillos de vela latina navegan brillantes y majestuosos sobre una mar regia, que parece tejida de plata según la apoteosis solar la vaya vistiendo...

El caserío pescador de La Tiñosa tiene la particularidad de ofrecer al observador poco sagaz menos habitantes de los que en verdad cuenta. Siempre se ha tenido de La Tiñosa un concepto descalabrado, porque respecto a tan simpático pueblo se han tejido mil fantasías al abrigo de su aislamiento, por un secreto ancestral, incontaminado, igualmente que su profunda belleza y su elemental cordialidad. De La Tiñosa se ha dicho que es retrógrada, partidaria del bacanal y enconada enemiga de la civilización, pero tales asertos infundados no pasan de

ser incultos alegatos de quienes todavía tienen mucho que aprender de este pueblo marinero y laborioso. Es La Tiñosa un puerto natural en extremo simpático, un maravilloso caserío de leyenda, que trae a la imaginación aquellos cuentos fabulosos de las lecturas infantiles. Son casitas blancas, amarillas, azules, como si fueran esparcidos colorines para exornar la pintoresca orilla. El silencio espectacular de La Tiñosa sólo es turbado, de raro en raro, por el soniquete rítmico de los pescadores cuando éstos hacen ringla ante las redes. La mujeres, acosadas a las puertas de las casas, hablan de los romances del mar, y los chiquillos, como ídolos totémicos, retozan sobre la arena húmeda, mientras el viajero respira un airecillo semejante al apetitoso sabor y olor de los mariscos...

La Tiñosa no tiene más de ochocientos habitantes, en su integridad pescadores que se ausentan del caserío para hacer la zafra corvinera a bordo de la flota insular. El marino de La Tiñosa está, pues, seis meses en Cabo Blanco, África, y seis meses en su pueblo natal, donde dedica sus esfuerzos y sus amores a los barquillos y chinchorros, por lo que resulta ser el pescador más laborioso de Lanzarote, trabajando el año entero, contrariamente al clásico «roncote» insular que se pasa seis meses anclado en la mar y seis disfrutando de las cantinas de tierra. En el trabajo un marino tiñosero es también superior a los demás roncotes, porque vive siempre cara al mar, dominándolo, con el objeto de sacar de él los más abundantes beneficios. Por la pericia con que gobierna, desde niño, a los timones, es designado en seguida como patrón de lancha, y acaso ahí tengan tal vez su éxito, como causa esencial de su atávica vocación:

*«Todo el mar es misterio resonante
y palabra inicial;
nada hay a espaldas de él, nada hay delante:
el mar es una eternidad constante
y un movimiento en lo inmortal».*

La mujer de La Tiñosa es fuerte, gruesa, colorada y de gran salud. Su trabajo, hasta hace bien poco, consistía en la cura del pescado que sus hombres capturaban durante los seis meses de permanencia en tierra, pero ahora, además, se concitan en los almacenes de empaquetado de tomates. En este nuevo oficio andan ya hartamente capacitadas, no sólo por lo que rinden sino por lo incansables que resultan. Son excelentes cantadoras, a grito pelado, y las cosas del mar se funden de tal modo en sus voces, que las canciones salidas de ellas parecen el talismán de sus propios corazones:

*«A las mozas alegres de la costa,
cuando más lindas van, se les agosta
en un solo día toda su beldad;
prometidas tal vez a un fiero esposo,
pierden en un abrazo misterioso,
como la tierra en junio, toda su majestad».*

Las tiñoseras sienten un profundo desprecio por el índice de cosméticos y demás composturas femeniles con que se endulcoran las demás mujeres. Empero, a las tiñoseras les gustan los vestidos de vivos colores sin preocuparles jamás que tal cual zagalejo les caiga bien o no.

El pueblo de La Tiñosa es de espontáneo gracejo y en mutua narración se miente a sí mismo con la mayor infantilidad, fantaseando las cosas, exagerando los acontecimientos más elementales, e inventando asuntos escabrosos y que son capaces de erizar los pelos al más atrevido lobo de mar:

*«Los barrios, junto al mar, de pescadores
son hornos de fantásticas mentiras...»*

Las tardes de La Tiñosa son tranquilas, peculiarmente matriarcales, en las que las ancianas, tan arrugadas como las manos de los marineros, son el centro de la tertulia familiar. En La Tiñosa cae la tarde con augusta serenidad, y todo el ambiente pescador se reviste de dulce melancolía. Las montañas y promontorios lejanos de poniente se recortan, lapislázulis, sobre el sonrosado mar del horizonte, entretanto unos celajes anaranjados se alargan hacia el espacio como lúminosas jarcias de nave infinita. Van saliendo las estrellas, casi una a una, y el crepúsculo va moviendo una brisilla tibia, cariñosa y perfumada, como para que el viajero se sanee y no se decida a marchar. Entonces se oye el rumor de la marinería que llega del mar o que va hacia él, y son las voces vigorosas, que ordenan maniobras o que cantan unas folías, las que se confunden y deslén con el roncar del Atlántico, lejano, invisible y trágico. En las casas se abren los postigos y se vuelven a cerrar, porque quien aguarda de noche el regreso de las barcas nunca sabe el tiempo, y vive el milagroso tiempo del mar como si, desde la nao terrestre, eternamente lo estuviera pasando. Es verdad, que el océano no tiene tiempo porque, a la vez, construye y destruye, da vida y muerte, desaliento y esperanza:

*«Cual gigante ataúd, se balancea
en alta mar el buque destrozado;
aún por humanos seres habitado
lucha contra el furor de la marea.
Para auxiliarlo, aguarda si alborea
otro buque que vela a su costado;
la luna como un cirio plateado,
reflejada en el mar chisporrotea.
Las olas sucediéndose en legiones,
retumban como trágicos bordones
y alzan un «Dies Irae» funerario
mientras el mar antes de abrirse Oriente,
sepulta el ataúd lleno de gente
como lápida inmensa de un osario».»*

En las mujeres enlutadas, quedas y adustas frente al mar, puede leerse todo el drama del Atlántico, sus rostros aún bajo la impresión de la inesperada viudez, acompañadas por los niños y ancianos, de caras y narices coloradas, de ojos vivaces y rizadas cabezas cubiertas... Las tiñoseras madres, las tiñoseras esposas, viudas y novias truncadas, miran al insondable seno del Atlántico, entretanto se aproxima el alba, ya con su cielo cristalino asomando en el firmamento. ¡Siempre la misma augusta serenidad! El amanecer de La Tiñosa se presenta de súbito, y torna de nuevo blanquísimo el encaje de las olas, pero allí están todavía las mujeres aguardando no saben qué del océano:

*«Mar sin fin, mar feroz, monstruo sin bridas;
eres un cementerio sin reposo;
no cabe en tu vientre pavoroso
tanto horror, tantos ayes, tantas vidas.
Por tus riberas van enloquecidas
viudas que a tus senos de coloso
piden los dulces hijos y el esposo
que ahogaste entre grandiosas sacudidas.
Por esas madres que piedad imploran,
por esos niños que con hambre lloran,
vendo mi vida a aquel que la demande.
Si en mi ser está Dios como comprendo
al mismo Dios por los que lloran vendo
¡y sé que nunca haré cosa más grande!».*

En La Tiñosa se conserva pura y estrictamente el consejo del Arcángel Rafael a Tobías, cuando en santa hermandad se comieron el célebre pez, excepto el hígado y el corazón. Los tiñoseros ahuyentan también al demonio quemando un hígado y un corazón de pescado, recién salido de la mar, en la casa de quien padezca posesión maligna, y por eso dicen ellos que de tanto quemar hígados y corazones a muchas leguas de La Tiñosa habrá de estar ya el diablo. No se olvide de que Ecbatana⁴ hizo lo mismo para ahuyentar al terrible demonio Asmodeo, que subyugaba a Sara y hacía morir a sus maridos. Tobías, aconsejado por el Arcángel Rafael, puso en fuga al satánico Asmodeo⁵ con perfume de hiel de pescado, o indistintamente, con humo de hígado y corazón de pez quemados. Vemos, pues, cómo todo al cabo se repite, aunque sea en la escondida belleza de La Tiñosa.

La Tiñosa es, indisputablemente, uno de los parajes más originales de Lanzarote, de cuyo porvenir turístico es casi un sacrilegio dudar, porque para esa nueva fuente de riqueza es susceptible ganar los más audaces y ambiciosos planes. Una

de las más hermosas rutas veraniegas que ofrecerse pueden en el Atlántico está en el litoral de La Tiñosa, con sus inmensas y serenas Playas Doradas, donde la isla parece consumar su verdadero verano-primavera, que perdura invariablemente durante las cuatro estaciones del año. Si el viajero quiere imaginar el próximo futuro del bello litoral de La Tiñosa verá, sin duda, a la Playa Blanca repoblada de pintorescos parapluies, de paja, formando exóticos conos, a modo de costa hawaiana, aunque con clima doblemente benigno, sin vientos huracanados ni imprevistas tormentas. La Playa Blanca está considerada como la más importante del Archipiélago canario, no sólo por su extensión sino además por sus excelencias naturales. Son sus arenas finísimas y muy limpias, donde el viajero puede disfrutar de unas aguas tranquilas, un clima sumamente benigno y del silencio adecuado para restablecer las fatigas que proporciona el tránsito de las grandes ciudades.

A partir de esta famosa playa, dejando atrás el simpático reducto de intimidad que es La Tiñosa, se sucede ya la extensa ringla de las playas formidables. El Caletón del Barranquillo, apto para el turismo más exigente, ya que de puro pintoresquismo reúne sobradas atracciones: acantilados de raras e interesantes escorias donde recrear la vista y preciosas caletas de aguas sosegadas para gozo de los submarinistas. Por añadidura, el Caletón del Barranquillo, como toda esta ruta veraniega, no está más distante de la capital que a un corto y rápido paseo en automóvil. Poco más hacia Arrecife está la playa de Los Pocillos, con su sol resplandeciente, su cielo muy azul y despejado, y sus aguas siempre remansadas sobre las rubias arenas, resultando su conjunto un encanto hermético que alivia y prepara al viajero para que encuentre, más y mejor, su merecido descanso. Luego están las estupendas y soleadas playas de Punta Lima y de Matagorda, muy visitadas, por sus panoramas aprisionados con hilos de oro, mientras la luz del cielo cae sobre el mar, que relumbra manso y discurre sobre la tibia orilla, enviando su suave frescura para completar el inefable hallazgo del ambiente... Más allá todavía, ya próximas a la capital de la isla, hay otras playas, como las de Guacimeta, la de Hondas, la del Cable y la del Reducto, que forman otro inigualable conjunto, donde el poeta se puede sentir engrandecido y el viajero descansado, porque tales parajes, solitarios y serenos, antojan ser islas doradas en medio de la soberbia majestad del Atlántico.

Mas volvamos nuestras emociones a La Tiñosa, a fin de no acabarla de olvidar. Porque La Tiñosa, por marinera, deposita su fe y su esperanza en la Reina del Mar, celebrándole anualmente la procesión más atractiva de cuantas romerías se hacen en la isla. ¡Día grande en La Tiñosa es el que la Iglesia dedica para honra del Carmen! Cabritos tiernos como el queso, que encogen el corazón por comerlos recién nacidos; olorosa carne de cochino, adobada con aromáticos y picantes condimentos del país; el pescado frito, apenas capturado, rebosando su propia salsa sobre los mostradores improvisados; los roscos y muñequitas de pan

azucarados, que huelen a un kilómetro alrededor y que concitan a la chiquillería flamante, de pura fiesta. Y vino, mucho vino, vino a granel que termina saliendo a las calles en forma de clásicas parrandas, donde los timples de alada voz presiden los sones melosos de las guitarras. Después, la famosa procesión del mar que tanto romero atrae y que cada año reviste mayor atracción, siendo los «voladores» invariable elemento del fervor popular. Navega la Virgen escoltada de empa-vesados típicos barquillos, que hacen difíciles maniobras para festejar a la imagen sagrada, y surgen los patrones que, como aquel «Rey del Chopo», arrojan caramelos y confiterías al océano para festejar también a los hermanos peces, que decía San Antonio. Algunos marineros, ebrios de alegría, se tiran a las aguas encalmadas, con toda la ropa puesta, como ofrenda a María Santísima, que les mira esos alardes desde su trono navegador...

La Tiñosa es, en fin, un admirable pueblo marinero de puras y ancestrales costumbres. La Tiñosa es como un hermoso caracol donde se puede oír eternamente la voz del mar...

NOTAS AL CAPÍTULO

1. Este litoral lanzaroteño alcanza unos doce kilómetros de playa ininterrumpida, de arenas finas y limpias, donde en la actualidad prestigiosas empresas se proponen realizar complejos turísticos al modo de Maspalomas y Puerto de la Cruz.
2. El tópico de La Tiñosa lo registra Torriani en su toponimia de 1590, pero no dice que el puertecito natural estuviera entonces poblado.
3. «Socorro al que llora», de Salvador Rueda.
4. Capital de la antigua Media, residencia temporal de los reyes persas y medos. Hoy *Hamadán (Persia)*.
5. Este demonio figura en el «Libro de Tobías».